

# SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 426

Barcelona, 3 de Abril de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Una riada  
de bestialidad  
jactanciosa

pretende invadirnos.  
La medrosa estupefacción de unos atónitos mercaderes, harto celosos de su bienestar y de su lucro, nos contempla.

CONSIDERACIONES INACTUALES

## DE MI DIARIO

(Fragmentos de una carta)

Del artículo de Juan José Domenchina, publicado en «La Vanguardia» de Barcelona el día de ayer, entresacamos lo siguiente:

«¡Excuso decirle cuánto recuerdo y añoro, en estos días de fiebre y angustia, tan resentidos de pasión y de contrasentidos, tan caóticamente reales, nuestros irreales, lúcidos y, en cierta manera, pacíficos interludios literarios de ayer! Entonces, la dignidad de la vida, que siempre presupuso acción y vocación eficiente, no era aún incompatible con la meditación, la contemplación y el ensueño. Al margen de la lucha, se extendían las deleitosas y luminosas márgenes de la sensibilidad reposada, sin acucias, y de la inteligencia en ocio, sin apremios. Entonces eran aún legítimas y plausibles la suspensión del ánimo, que solía ser diligente, y la fruición de la pausa, que era siempre fecunda. Entonces—en fin—, como todo discurría normalmente, el discurso, remansándose en su tarea de elucidación y discernimiento, no se avenía a la impremeditación indiferible ni a la improvisación de urgencia, sin solvencia.

Hoy, el monstruoso delirio y la epilepsia fatídica de unos desaforados energúmenos nos contagian e inducen a la contorsión y al esguince frenéticos, a la dialéctica agresiva, al pensamiento mortífero y a la estentórea vociferación.

Una riada de bestialidad jactanciosa pretende invadirnos. La medrosa estupefacción de unos atónitos mercaderes, harto celosos de su bienestar y de su lucro, nos contempla. Dos o tres democracias de verdad y amigas de la verdad, se conducen por lo pasivo de tan activo estrago. ¡Ah! Y la razón y la justicia se ponen de nuestra parte. Pero, ¿qué quiere usted? Ni la razón ni la justicia son argumentos sólidos. La barbarie los hace añicos con la dialéctica superior—absolutamente superior—de la trilita. Entretanto, las democracias sesudas—incólumes paradigmas de deshonesto aguante, de ignominiosa mansedumbre—exclaman:

«¡Qué bien luchan los españoles!»

Dicen que la palabra lo es todo. Y que no lo es todo. Y que todo no es un juego. Y que lo es. Pero en esta guerra totalitaria, el papel más importante lo juega la parcialidad.

Gregorio Marañón logró contrahacerse un intelecto científico, que pretendía aparecer como impasible y ser consecuente y ecuánime. Pero la verdad es que fué siempre un hombre perplejo, irresoluto; que vaciló siempre entre Scila y Caribdis, esto es, entre la proclividad literaria y la veleidad política. ¿Científicamente? Por mi parte, jamás me resolví a creer en el ojo clínico ni en la probidad diagnóstica de quien políticamente exhibía una ceguera o cerrazón tan absoluta.

Pero el falaz endocrinólogo—perfectamente alalo, por lo demás—estuvo en poten-

cia propinqua de convertirse en jefe de un gobierno. Bien es verdad que tan inverosímil dislate se coció en el cacumen—también inverosímil—de aquel inmoderado poder moderador que anduvo y desanduvo todos los barriales locales y rurales de su política de Priego. Sin embargo, por entonces, sólo a ese cazarro zigzaguear de vericueto, atajo y trocha se restringió la política de España. La política andante. La que servía de espolique al estado jefe del Estado. Porque, un día, efectivamente, toda esa política se involucró y capitidismuyó gracias a la jacarandosa insensatez, el retorizante maquiavelismo jondo, el cetrino rencor y la inconsecuencia hepática de aquel leguleyo palurdo que jugó a hacer chalaneo y comadreo de feria y rebotica con la República—o cosa pública—, patrimonio de los españoles.

Ante todo, el «fair play»,

## Civilización occidental

La Comisión depuradora de bibliotecas del distrito universitario de Valladolid, ha hecho pública su primera lista de libros prohibidos.

Por una casualidad no exenta de significación, esa lista se encabeza con la *Historia de la Civilización Española*, del profesor don Rafael Altamira, historiador eminente, dos veces académico, magistrado del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, doctor honoris causa de varias universidades extranjeras, persona respetable si las hay. Sorprendido por la rebelión militar en territorio faccioso, estuvo a punto de sufrir el más grave de los percances en una ciudad del Norte de España. Ya que su mucha celebridad no lo permitió entonces, se le persigue hoy simbólicamente en la figura de uno de sus libros.

Si la primera víctima es la *Historia de la Civilización*, ¿cómo sorprenderse de encontrar a renglón seguido los nombres de Andreiev, Apuleyo, «Azorín», Balzac, Barbousse, Baroja, Beyle, Blasco Ibáñez, Carlyle, Claparède, Dostoievsky, Dumas, Concha Espina, Espronceda, Flaubert, Anatole France, etc.

No estaría de más alguna precisión sobre las normas que han presidido a esta selección caprichosa. Así, por ejemplo, cuando vemos figurar entre los libros prohibidos una sola obra de Stendhal, *La Cartuja de Parma*, no resulta fácil descubrir el por qué de tal medida. ¿Habría que buscarlo en la interferencia de una mentalidad italiana?

Notemos aún con la natural extrañeza:

Cicotti, (E.) *El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo*.

El ocaso de la esclavitud en el índice... ¿No es para quedarse pensativo?

el juego limpio. Esto es cosa—y cosa sabida—de *gentlemen*. La caballerosidad sólo se compadece con la corrección.

Veamos aquí, como ejemplo, la pulcritud ecuánime de dos *gentlemen* que, desde la acera, estudian con exactitud y rigor cronométricos, los altibajos y las vicisitudes de un inverosímil *match*. Un arrapiezo del arroyo se de-

fiende con un solo puño—es manco—de las repugnantes acometidas de dos grandullones provistos de sendas trancas. El muchacho, a cuerpo limpio, sortea los golpes. Más aun: de vez en vez, alcanza el rostro de sus adversarios. El coraje del chico está a pique de boquiabrir a los impertérritos *gentlemen*. Pero un *gentleman* es un *gentleman*, y no se boquiabre ni se asombra nunca. Bien. Los grandullones—que observan de reojo, con ojo suspicaz, a los impasibles *gentlemen*—se confían y crecen ante la correcta, pluscuamperfecta e irreprochable inhibición de que hacen gala. ¡Son unos enhiestos, impolutos y caballerosos testigos! Pero al muchacho se le calienta la sangre—incluso la que le brota a borbotones por las descabraduras—, y les pide, con berrenchín de fiebre, que le alarguen un bastón; uno de esos bastones que ellos llevan como lujosa superfluidad suntuaria, y que de tan pocas les sirven. Los *gentlemen* apenas se consultan con una mirada. «¿Será correcto?» No, no debe de ser correcto. Deniegan glacialmente, rigidamente, la inexcusable pretensión del muchacho. Este, acometiendo con furia a sus rivales, escupe desdeñosamente a los lustrosos y estatuarios *gentlemen*. Los *gentlemen* consideran con minuciosidad el estropicio que la saliva encorajinada del pequeño produce en sus pecheras, hasta entonces impecables. Y la consternación pro-

## LA PUJA EN EL ZOCÓ

El discurso de Mussolini amaga a las democracias terriblemente. César envidiaría el tono. Ocho millones de italianos están dispuestos a comerse el mundo. Como réplica a la pacata retirada de 12.000 voluntarios que lord Plymouth propone, no está mal esa amenaza de inundar Europa con ocho millones de voluntarios más.

Desde nuestro punto de vista, lo único que nos despierta viva curiosidad es el secreto de la armonía que parece existir entre el paciente mister Chamberlain y el violento Mussolini. ¿Es una armonía sincera? ¿O es la armonía que se produce entre el yerno que pide dinero y el suegro que no se lo da? Lo lamentable de las rabietas de Mussolini es que las paga España. Y lo lamentable de las contrariedades de lord Chamberlain es que las paga también España. Un detalle nos asombra: la mezquindad del chalaneo. Nunca cotizó tan bajos sus intereses el Imperio. ¿Cuánto quieres si dejas de amenazar mis rutas marítimas? Esta es la oferta inglesa. Es decir: ¿Cuánto pides por no alterar mi estatuto geográfico? A lo que contesta Italia: Que se me reconozca el Imperio abisinio y se me preste dinero.

El Primer Ministro de Inglaterra, o, lo que es lo mismo, la City, titubea. ¿Prestar dinero a un pueblo en precario? Todavía otorgarían la tiara imperial al pequeño Saboya, aunque fuese de similor, si los italianos se apartasen de Berlín; pero el dinero es cosa sagrada, cuya cesión contrae múltiples y capitales inconvenientes.

Al Duce se le sube la sangre a la cabeza, y, para demostrar su potencia, bombardea Barcelona. Lo lógico sería bombardear la City, que es donde no le dan el dinero; pero él prefiere probar su furor en un punto es

tratégico, vecino a Francia, a fin de que los franceses, alarmados, intercedan. Prosigue el regateo y Mr. Chamberlain, en un rasgo de magnanimidad, acuerda acceder a que los italianos continúen sus experiencias bélicas y perciban en voluntarios de más las libras de menos.

En este punto han quedado las negociaciones. Mussolini, impaciente, brama en el Senado y alude a sus millones de voluntarios. Es la voz imperiosa de la demanda. Lord Plymouth, en nombre de su Gobierno, hace la oferta, con humilde moneda española. Y Europa, atónita ante este espectáculo se pregunta: ¿Pero qué tienen que ver los españoles con la pobretería agresiva del Duce y la inviolabilidad del pecunio inglés? De tan sencillo, el asunto parece broma, y es, sin embargo, por mandato de los dioses, una tragedia. Un tremendo drama, sublimado por el dolor de un pueblo, que actúa de mercancía entre el egoísmo inglés y las bravatas de Italia. Sería más honroso que los dos clientes resolviesen sus negocios directamente, sin apelar a terceros.

Pero eso tiene el riesgo de producir un rompimiento, ya que no es fácil conciliar las exigencias de un pobre impertinente con la desconfianza de un rico altanero. El asunto español tiene la ventaja de absorber ambas reacciones. Algo así como dos campeones de boxeo, cuando se lucen con el hombre de ensayo, porque eso es mejor que pegarse entambos. Pero lo más grave es que los españoles combatimos en serio, hasta que se estropee la vergonzosa puja y el zoco arda por los cuatro costados.

(«La Vanguardia», Barcelona, 2-IV-1938.)

(Continúa en la pág. siguiente.)



longa la inexpresiva imperturbabilidad de sus rostros.

\*\*

Días emocionados y conmovidos. Los ominosos hipogrifos de la barbarie extranjera—aladas antítesis de los Perseos españoles, que montan cabalgaduras de estirpe pegásida—se refocilan horripilantemente mientras cunde, en el estupro de la tierra, el fragoroso estrago de las bombas. Diríase que una sugestión ultratelúrica nos exonera de nuestro peso específico, desarraigándonos y alejándonos de la superficie terrestre.

Ya lejos el huracán del exterminio, queda, con la calma, la presión y depresión de la angustia anticiclónica: el vacío absoluto. Tras el shock de mala índole—de ín-

dole gaseosa—, que nos traumatizó por sorpresa, la sorpresa—o mejor, el pasmo—de vivir. La verdad es que hemos estado a punto de satisfacer nuestras ambiciones icáreas; hemos estado a punto de volar en las calientes corrientes del aire líquido...

\*\*

A propósito de la soledad española—que es un ejemplo inabarcable y un reproche sin límites—, a propósito del dolor señero, del heroísmo solitario y de la dignidad bloqueada, aislada, de los españoles, yo quisiera decir, sin énfasis ni solemnidad de ningún género, pero sí con precisión indeleble, unas palabras arrogantes. Arrogante y estoico, el pueblo español conoce con exactitud la intensidad y la extensión de su

sacrificio. Avanza con intrépida lucidez hacia su fin. No ignora la calidad ni la cantidad de sus medios. Conscientemente, se retrae en su hondón. Que es, a despecho de todos los límites y de todas las fronteras, una altiplanicie universal. Tiene conciencia de sus proporciones. Mide la profundidad y altura de su espíritu. No ve en torno una sola mirada que le considere, distinga y delimite. Está a solas con su grandeza. Puede decir a todos los ingentes insignificantes que le circuyen, estas palabras de Carlyle: «La más triste prueba de pequeñez que puede dar un hombre es la incredulidad en el grande. El síntoma más pobre de una generación es la ceguera colectiva ante la llama espiritual».

**EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.**

## Mussolini en acecho

El dictador italiano ha pronunciado un discurso bravucón, no muy diferente en el tono y en el sentido de otros suyos anteriores, pero que ha tenido la virtud de entristecer a los diplomáticos franceses e ingleses inclinados a creer, desde hace algún tiempo, en un Mussolini corregido y amansado. Ahora, al convencerse de que no es así, se lamentan: «Cuesta trabajo—dice, por ejemplo, *Le Temps*—comprender cómo Mussolini ha podido pronunciar este discurso en el mismo instante en que toman un cariz favorable las negociaciones italoibritánicas.» No le costaría ningún trabajo al redactor diplomático de *Le Temps* y a sus colegas comprenderlo si no se hubieran voluntariamente obturado el cerebro ante los fenómenos que Europa presencia y soporta, sobre todo desde hace veinte meses.

Porque lo que ha hecho ahora Mussolini no es un rasgo inédito de su carácter. ¿Acaso no invade España al mismo tiempo que figura en el Comité de No Intervención? De contradicciones como éstas está plagada la historia del fascismo, y culpense de su multiplicación quienes, pudiendo, no hicieron nada por cortarlas de raíz. Además, si las negociaciones italoibritánicas han tomado un cariz favorable, ¿a qué se debe? ¿A una previa actitud modesta de Mussolini, a una demostración italiana de respeto al Derecho, a la Justicia? No. Las negociaciones marchan bien porque Inglaterra ha pasado por todo y esto no a pesar de los discursos y los actos escandalosos de Mussolini, sino, quizá, gracias a ellos mismos. Y si no es así, Mussolini puede creerlo, con arreglo a este sencillo razonamiento: «cuanto más amenazo, más facilidades me dan». Obra con arreglo a lógica, por tanto, el dictador italiano buscando forzar con amenazas y truenos el sentido favorable de sus tratos con la Gran Bretaña. Hasta hoy le ha dado un resultado inmejorable. ¿Por qué había de cambiar de procedimiento?

En cuanto a los detalles de sus amenazas, al desmenuzamiento de los males que caerán sobre quienes se opongan a las ansias ambiciosas de Italia, nosotros poco tenemos que decir que no hayamos dicho y poquísimos tenemos que pensar, porque para nosotros la brutalidad italiana ya no es amenaza. Como amenaza no nos atañe ni nos alude. Sabemos ya lo que son las ciudades destrazadas, y los cadáveres inocentes, y los éxodos de fugitivos hacia el campo en busca de amparo contra las bombas asesinas. La bárbara realidad española nos impide conmovernos por discursos, así sean ferocísimos. ¿Qué nos pueden enseñar? No les ocurre lo mismo a los franceses vacilantes en la defensa de su propia vida, ni a los ingleses, capaces aún de pactar con político de tal mendacidad. Contra sus ciudades y contra sus hijos ha hablado Mussolini. En manos de Francia y de Inglaterra está que las amenazas esgrimidas contra París y Londres se vuelvan contra Roma, y Florencia, y Milán. El día que Mussolini las vea rotas y a sus habitantes, enloquecidos huyendo de la metralla vindicativa de tanto muerto por su causa, quizá calibre que la exaltación de la fuerza, del poderío brutal de las armas, es una bella cosa si no se han de experimentar sus efectos sobre la propia carne. Y quizá entonces el mundo recobre la paz perdida, y que no hallará mientras los Estados totalitarios medren amparados en la cobardía de sus próximas víctimas.

(«La Vanguardia», Barcelona, 2-IV-1938.)

## Los italianos se posesionan de parte del territorio español

**Se confirma que Bruno Mussolini participó en los bombardeos sobre Barcelona**  
**Revelaciones de un aviador italiano, prisionero de las tropas republicanas**

Por el Ministerio de Defensa Nacional ha sido facilitada la siguiente nota:

«El aviador italiano Poggi-Yino, que fué hecho prisionero el 28 de marzo último en las cercanías de Caspe, ha hecho, entre otras, las siguientes manifestaciones:

Después de obtener, en junio de 1935, el título de piloto civil, ingresó en la Escuela Militar de Foggia, donde alcanzó el grado de subteniente, siéndole entregado, el primero de abril de 1936, su «carnet» de piloto militar, que lleva el «visto bueno» de Mussolini. Se le destinó al octavo «stormo» (regimiento) de Bolonia, compuesto por los grupos de bombardeo 27 y 29, y mandado por el coronel Rossanigo. El coronel del «stormo» reunió a todo el personal, al que leyó una orden del general Valle, diciendo que en España había una guerra en la que estaba interesada Italia, por lo cual se invitaba a los militares a participar en ella. El coronel contestó que todo el «stormo» estaba dispuesto a trasladarse a España. En vista de ello, recibieron orden de ir a Roma, donde debían esperar instrucciones para salir hacia España. Sabe que en agosto de 1937 salieron para España dos escuadrillas completas y después otra.

El día 24 de diciembre partieron ellos en vuelo para Palma, pasando por encima de Cerdeña, a cuatro mil metros. Antes de llegar a Mallorca bajaron hasta trescientos metros, entrando en la isla de Puerto Cristo. En el aeródromo había dos escuadrillas de «Savoia 81» y una veintena de aparatos «Fiat», de los cuales siempre hay alguno en vuelo.

La aviación italiana que actúa desde Palma la man-

da el general Vellani, que se hace llamar Velarde en España.

Desde Palma, también por el aire, se trasladaron a Sevilla, donde fueron provistos de uniforme, y desde Sevilla marcharon, siempre en vuelo, a Logroño, tomando tierra en Soria, por avería. Allí vió unos talleres de aviación, cuyos obreros todos son italianos, procedentes de la fábrica «Romeo».

Al salir de Italia se organizó un nuevo «stormo» para sustituir al número 8, que vino a España. Sabe qué parte de esta nueva unidad se encuentra actualmente en Palma, esperándose el resto de la misma uno de estos días, en Logroño.

En los aeródromos que ocupa la aviación italiana en España, se iza al amanecer, y se arria al atardecer, la bandera italiana, con honores, estando el personal formado.

Jamás recibieron órdenes de los militares españoles. A ellos se las da su general, Vernasconi, que aquí se hace llamar Garda.

Los aviadores españoles que son derribados por aparatos italianos, quedan a la disposición del mando italiano. Si se trata de aviadores antiguos o hay indicios de que son izquierdistas, se les fusila inmediatamente.

Entre los italianos y alemanes, Franco no es figura destacada.

Sobre alemanes e italianos, mandan únicamente los jefes de las respectivas nacionalidades.

En aviación, Franco apenas tiene nada.

Sabe que Bruno Mussolini estuvo mes o mes y medio en Mallorca y que participó en algunos de los bombardeos realizados contra Barcelona y Valencia.»

### NOTA INTERNACIONAL

## Las democracias y el terrorismo aéreo

El Gobierno inglés no ha considerado satisfactoria la respuesta de Franco a la protesta contra el bombardeo de ciudades abiertas. El cínico vasallo de Mussolini e Hitler considera legítima la agresión a la población civil, según la concepción germana de la guerra totalitaria. Para él todos son objetivos militares, desde un colegio de niños a un hospital de la Cruz Roja. El terror aéreo es una expresión natural de la bestialidad fascista. Por eso la apelación al derecho de gentes consignada en la nota de Chamberlain tratándose de dictadores o de aprendices de dictador—el caso de Franco—no puede impresionarlos.

Los facciosos manejan la mentira con descaro sin igual. La radio de San Sebastián, después de los incalificables bombardeos de Barcelona, dijo con absoluta tranquilidad, que los aviones «nacionalistas» habían conseguido en Barcelona, todos sus objetivos «en Ministerios y centros mili-

tares». Ni un solo edificio oficial fué bombardeado, por la sencilla razón de que los criminales aviadores lanzaron sus bombas a voleo sobre la ciudad, a 5.500 metros de altura, sin precisar blanco alguno, pues a esa distancia sería imposible hacerlo. Miente Franco esta vez como tantas otras, mienten sus esbirros radio-telefónicos. Para vergüenza del «caudillo de las manos rojas»—utilicemos el título de una obra de nuestra literatura romántica—la prensa italiana ha cargado en su haber todos los crímenes que se cometen contra las ciudades y pueblos de retaguardia. La vileza de Franco ha llegado al extremo de asumir por sí solo el papel de verdugo de los compatriotas inermes. Tanta barbarie asusta a los mismos fascistas, o por lo menos, los inclina a no hacerse responsables ante la conciencia universal de semejantes procedimientos. Los españoles sabemos que son aviadores italianos y alemanes—Franco no dispone de

otros—los que bombardean tan ferozmente nuestra tierra; pero la culpa la hacen recaer los asesinos en el infame testarfero que han colocado aquí para que responda de sus ferocidades. ¿Se comprende la magnitud de la villanía de Franco, dispuesto siempre a hacerse responsable de las salvajadas de sus patronos?

Al Gobierno inglés le es fácil comprender que los facciosos españoles no son más que el instrumento dócil de los intervencionistas. Que la guerra se hace en España según los planes y los métodos de los Estados Mayores de Italia y Alemania. Que los aparatos que siembran la muerte cieganmente en España son italianos y alemanes, tripulados por súbditos de Hitler y Mussolini, que están haciendo en nuestro país la primera etapa de la guerra contra la democracia. Lo decíamos en una nota a raíz de los bombardeos de Barcelona: las protestas de Francia e Inglaterra debieron dirigirse al Führer

y al Duce, que son los que en realidad hacen la guerra a la República y disponen el ataque a las ciudades abiertas.

Sir Neville Chamberlain, con esa admirable predisposición a la benevolencia cuando se trata de desafueros fascistas, ha dicho que después de su protesta no se han registrado nuevos bombardeos de Barcelona. ¡Ah! pero Tarragona, Castellón, Reus, Tortosa son también ciudades abiertas y poblaciones de retaguardia. Pieren en ellas seres humanos inmolados, como los que perecieron en Barcelona, a la bestialidad de los invasores. Los fascistas hacen la guerra tal como la predicen en su propaganda: fuera de los límites de lo humano, con morbosa delectación. Es la guerra que harán mañana contra las restantes democracias. Por eso no se comprende que las últimas potencias que ejercen el papel de centinelas de la civilización, no reaccionen para imponer, en una acción conjunta, la limitación del terrorismo aéreo. La aviación, como arma de guerra, no tiene necesidad de convertirse en arma aniquiladora de la población civil. Cuando las democracias sufran esta guerra en su propio territorio, se darán cuenta de la res-

ponsabilidad que han contraído ante la historia, por haber tolerado tales métodos.

### Nota del Ministerio de Defensa Nacional

**Bombardeos de la aviación fasciosa sobre poblaciones civiles durante el día 1 de abril de 1938**

A las 6'44, cinco «Savoia» contra Castellón de la Plana.

A las 8'22, otros cinco aparatos contra Tortosa.

A las 13'10, tres trimotores contra Tarragona.

A las 18'47, segunda agresión del día contra Tortosa; y

A las 19'10, contra Coll de Balaguer, Torreblanca y Alcalá.

**ESTE DIARIO SE REPARTE GRATUITAMENTE**



# SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

Seguí paseando hasta las once y, de pronto, me sentí muy cansado; pensé que podría aún echarme una hora. Cuando desperté, me traían el desayuno.

No comprendo cómo me las compuse. Cada vez me intriga más el mecanismo de mi cerebro. Acabaré creyendo que no se mueve para nada.

Estoy convencido de que Carlos tiene más valor físico que yo—en Málaga recibió una herida de arma blanca en un brazo, durante un cuerpo a cuerpo y me había impresionado mucho su manera de contar. Y ahora ahí yacía en una crisis de histerismo. Se cambiaban los papeles.

Para los dos españoles es muy distinto. Son dos por la noche y esto supone una diferencia enorme...

Pero si el carcelero o Angel vuelven a ofrecerme una segunda ración, les romperé la cara. ¿O tal vez no fué solo imaginación y recibieron una orden cancelada a última hora?

No lo sabré nunca.

Pero, después de todo, seguimos con vida.

Aún sin noticias del Cónsul.

JUEVES, 22 DE ABRIL

Anoche llegó la carta del Cónsul. Es del 20. Dice que ha recibido mis cartas del 14 y del 19 y que ha solicitado un permiso para visitarme.

Las rocas graníticas se convirtieron en globos una vez más.

Al principio me volví loco de alegría. Luego, me produjo náuseas el verme tan indiferente por la suerte de los otros ante mi seguridad relativa. Esta sensación fué tan intensa que, aunque la noche fué tranquila, no pude dormir.

Es curioso que todos los incidentes favorables—la carta de casa, el dinero, la carta del Cónsul—se vuelvan contra uno. La necesidad de compartir la carga de otros adquiere en mí un imperio categórico; y digo «carga» en vez de «cruz», por cuestión de gusto. Pero me viene de la misma fuente el ardiente deseo de asesinar al grasiento curita que toca la campanilla por las noches.

Carlos estaba mejor hoy; hizo pinitos con nosotros por el patio. Aun tiene las piernas rígidas; pero eso se le pasará pronto.

Los españoles estaban agitados. Entraron en el patio muy excitados, y cayeron sobre mí preguntas de qué periódico era mejor, *The Times* o el *Daily Herald*. Comprendí que habían sostenido una enconada discusión sobre ese tema y procuré zanjarla salomónicamente. Nunca lo hubiera hecho, pues perdieron todo control y empezaron a chillarse mutuamente. Les faltó poco para venir a las manos.

Nuestro patio se parece más cada día a un manicomio. Carlos con sus piernas rígidas, los otros dos, con su irritabilidad nerviosa y sus disputas, y yo, con mis escrúpulos de conciencia y mis ritos de purificación mental a lo dominicano.

¿Esto debe tomarse *cum grano salis*? Yo mismo ya no sé nada...

VIERNES, 23 DE ABRIL

A las tres, cuando volvíamos del patio, me permitieron ir a la cantina y gastar en cigarrillos mis últimas pesetas. Johnnie estaba allí bebiendo café. Me miró como si fuese a hablarle, pero le volví la espalda.

Luego vino Henri, el bibliotecario. Irradiaba buen humor y me dijo que, por fin, saldría para Francia al día siguiente. Me prometió ver a mi mujer en Londres o escribirle.

(P. S.—Como es natural, no hizo ninguna de las dos cosas.)

La relativa libertad que disfruto ahora hace menos llevaderos los ratos de soledad. A las tres, cuando la puerta de la celda se cierra sobre mí, empiezo ya a esperar la tarde del día siguiente.

El Cónsul no ha venido aún. ¿Y si no le dieran autorización para entrar?

SABADO, 24 DE ABRIL

Ayer tarde, vino el joven Caballero a mi celda, acompañado por un guardián. Es un simpático chico de unos veintiséis años, qui-

zás menos; viste mono marrón. Lo vigilan estrechamente y lleva un año incomunicado; no le permiten hablar con nadie, ni salir al patio, sólo puede pasear dos horas diarias por el pasillo acompañado del carcelero. Lo he visto a menudo por la mirilla. Está siempre limpio, bien arreglado y aparentemente de buen humor. Sin embargo, pasa por las mismas experiencias nocturnas que yo—y lo que debió sufrir los primeros meses cuando ejecutaban cien, doscientos, trescientos hombres cada noche, sin juicios ni formalidades de ningún género...

O el muchacho tiene una naturaleza primitiva muy infantil o posee una correa extraordinaria. No sé a qué atenerme.

Goza de grandes simpatías entre los carceleros. Cuando apareció ayer en mi celda, el carcelero me explicó que nos estaba prohibido hablar, pero que habían venido porque Caballero no tenía nada que leer y sabía que yo tenía el primer tomo de *Guerra y Paz*. ¿Lo había terminado ya, o quería prestárselo a Caballero, al menos por esa noche?

Le di el libro y pregunté si podría estrecharle la mano. Así lo hicimos, sonriéndonos, y noté que se humedecían los ojos del muchacho. Luego se fueron ambos con el tomo de Tolstoi.

Hoy, muy temprano, vino el nuevo bibliotecario. Esta vez es un preso político, un concejal socialista gallego, de unos treinta años. Me trajo el segundo tomo de Tolstoi y reclamó el primero. Dije que lo tenía Caballero. Se indignó mucho, diciendo que no podíamos cambiar libros sin su autorización, que tenía a su cuidado seiscientos libros, que a dónde pasarían así, etc., etc. Le contesté que una noche sin libros era peor que el infierno; que, como preso político, debía saberlo perfectamente; que nuestra situación no era la más a propósito para esas formalidades burocráticas y que habíamos hecho el cambio con aprobación del carcelero.

Replicó que no tenía ganas de discutir conmigo y que si me indisciplinaba no me traería más libros.

A esto le contesté que se fuera a la porra, añadiendo algunas palabras que no se pueden imprimir. Si el carcelero no se interpone, hubiéramos llegado a las manos.

El bibliotecario desapareció. Me sentí tan aliviado después de la gresca como tras una tormenta refrescante. A la media hora volvió y puso dos libros sobre mi cama: una biografía de Cervantes y una novela de Pío Baroja. Me presentó sus excusas y nos dimos la mano, conmovidos. ¡Extraño individuo!

En el patio, Carlos me contó que esa mañana había ido al consulado italiano entre dos guardias civiles. El Cónsul meneó la cabeza resignadamente al saber su historia, garantizándole que lo soltarían dentro de pocos días.

Carlos tiene la impresión de que al Cónsul se le presentan todos los días docenas de casos semejantes. A la puerta de la cárcel encontró al Gobernador, que le dijo asombrado: «¡Caramba, teniente! Le creía ya en libertad».

Como es natural, está encantado. Hasta hoy vivía con el dinero que le prestábamos. Ahora nos promete montañas de oro cuando esté libre. Piensa escribir a Mussolini, diciéndole que debía ponerlos a los tres en libertad. Incluso nos ha leído el borrador. Empieza con un resumen de sus años estudiantiles, su carrera en el Fascio, su graduación militar y sus hazañas en la guerra civil española. Luego añade de su convencimiento de que los «rojos» no son todos criminales sino idealistas descamisados; acaba con una conmovedora descripción de nosotros tres y la esperanza cortés, pero enfáticamente expresada, de que el Duce, en prueba de su noble espíritu, nos devolverá a los amantes brazos que nos aguardan.

Tuve que traducirlo todo al español y procuramos que no se alterase la seriedad de nuestros rostros.

Después, Carlos nos contó que a la puerta de la cárcel había un grupo de lindas muchachas flirteando con los centinelas.

La atmósfera de la cárcel ha mejorado considerablemente; las tres últimas noches transcurrieron sin disturbios y todos esperan ahora una racha de tranquilidad.

Todavía me relleno los oídos de algodón por las noches, pero he puesto también en práctica un nuevo sistema. Duermo sólo cinco horas y media, de nueve a dos y media; me levanto a las tres y estoy despierto todo el día para tener la seguridad de poderme dormir a la hora crítica. Hasta la mañana, el tiempo se hace largo—tengo que pasear o leer de pie para no dormirme—; pero el método resulta eficaz y el saber que así suprimo las pesadillas me produce una satisfacción y una paz relativas, pero ciertas.

DOMINGO, 25 DE ABRIL

Aun no ha venido el Cónsul. Byron empieza a escribir poesías y a versificar los cuentos populares vascos. Admira a los vascos y desprecia a los andaluces. Le encanta hablar en aforismos y me dijo el otro día retorciéndose el bigotito: «Amigo mío, Andalucía es el escroto de África y el País Vasco, es el corazón de España». Le dije que me parecía una gran definición.

En cambio, su jefe está cada vez más melancólico. Los dos han recibido dinero y se han dado las grandes comilonas; entremeses variados, *beefsteak*, huevos fritos y ensaladas, fruta, café, una botella de vino por cabeza y pollo tres veces por semana. Angelito se lo llevaba todos los días en su cesto e hizo buen negocio. Se negaron a ahorrar y Byron solía decir diariamente que lo que más temía era que los fusilaran antes de comerse todo su dinero. Ahora no les quedaba un céntimo, a mí tampoco; Carlos no tuvo nunca nada. Angel nos prestó veinte pesetas a condición de devolverle treinta cuando pudiéramos. Un ordenanza me prestó otras diez. Así, por lo menos, tenemos todos cigarrillos.

LUNES, 26 DE ABRIL

Me he desmayado esta noche. Otro ataque cardíaco. Esta vez es doblarse o romperse.

IX

Ha ocurrido lo siguiente:

El domingo trajeron un nuevo preso a mi antigua celda, número 41. Les vi traerlo. Era un joven: unos quince o dieciséis años.

El fruto de la invasión extranjera

**Los jefes italianos y alemanes menosprecian a sus colegas españoles y no consienten que intervengan en sus movimientos**

**Las brutalidades de los moros y las explosiones en los aviones facciosos**

*Hendaya.*—De la zona facciosa llegan noticias que demuestran a qué grado de brutalidad y de latrocinio han llegado las fuerzas invasoras extranjeras.

El terror se ha recrudecido en estos últimos tiempos en el territorio rebelde y muy especialmente en la parte de Galicia y Asturias, donde siguen perpetrándose asesinatos a diario.

Las tropas españolas van vestidas con uniformes desechados por el Ejército italiano. El calzado también llega de aquel país; pero es de tan mala calidad, que apenas dura. Así, los soldados tienen o que comprarse zapatos por su cuenta, o ir descalzos. Como en todas aquellas regiones norteañas han sido robados todos los colchones, los vecinos tienen que dormir en el suelo o en petates de confección casera, rellenos de paja o maíz.

Los moros son odiados por las gentes. No hace muchos días, en Trubia, un soldado de Artillería fué castigado por haber dado muerte a un moro que atropelló bárbaramente a una muchacha que estaba en una alquería al cuidado de un rebaño.

Los oficiales y jefes italianos

Esta tarde, el capitán Bligh estaba de turno. Angel tenía el día libre, y Manuel, el segundo ordenanza, ocupaba su puesto. Manuel es un parálítico degenerado con síntomas de trastornos mentales. Se dice que está condenado a cadena perpetua por un delito sexual que tuvo fatales consecuencias. Todos sentimos cierta aversión física hacia él.

Por la tarde, Manuel se emborrachó. A los ordenanzas suele ocurrirles esto con frecuencia. Cuando trajo la cena, sus raquíticas piernas apenas le sostenían y toda la celda olió a vinazo.

A las nueve, vi que el capitán Bligh cruzaba el pasillo con Manuel. Se detuvieron ante la celda 41, casi frente a la mía.

«Vendrán a buscarlo esta noche», dijo el capitán Bligh. Manuel contestó con su ebrio y agudo chillido.

«Es raro que tenga que morir. Ha estado todo el día pidiendo que le sacaran al patio. Es raro...»

«Rojo, rojo», interrumpió el carcelero. Creo que también estaba borracho. Decía «rojo» con su voz de bajo, grasienta, y sonaba como si estuviera roncando.

En ese momento, el chico del 41 empezó a dar puñetazos en la puerta; debía haberlo oído todo:

«—No quiero morir—gritaba. ¡Madre, madre! ¡Socorro, no quiero morir! ¡Socorro, socorro!...»

Y así sucesivamente.

Todo el pasillo vibraba. La cárcel empezó a inquietarse. De todas las celdas llegaban confusos rumores.

El chico seguía clamando.

El capitán Bligh y Manuel lo sacaron de su celda, trasladándole a otra de incomunicación especial. Por el camino, el ordenanza, borracho, tropezó y cayó al suelo con gran estrépito. Se acercaron otros carceleros, llevándose al chico.

Un poco más tarde—aun no eran las doce—pasó el sacerdote, seguramente a confesar al chico. Luego, un carcelero pidió aguardiente en tono airado.

A las diez, sonó el teléfono. Oí tres veces «lo mismo».

(Continuará.)

tratan brutalmente a los soldados españoles y no toleran indicaciones de ninguna clase a los oficiales del Ejército de Franco.

La desconfianza de las tropas invasoras extranjeras es cada vez mayor. En los aeródromos, está terminantemente prohibido por el Mando italiano que haya mecánicos españoles: son, en su mayoría, alemanes e italianos. Tampoco se permite cargar los aparatos de explosivos a los soldados de aviación de Franco, porque, hace poco tiempo, en un aeródromo de Vitoria y en otro de Avila, apenas elevados los aparatos que habían equipado soldados españoles, hicieron explosión las bombas que llevaban, resultando los aviones y los pilotos destruidos. Este hecho se ha repetido, causando la muerte de algunos aviadores extranjeros.

**SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO**



# Paul Robeson, al servicio del pueblo español

Por NICOLAS GUILLÉN

Al lado de la democracia en España, y en todos los frentes en que se está combatiendo por su triunfo, hay hombres de las razas más diversas que vienen de los más diversos sitios del mundo. Chinos silenciosos que descargan sus rifles sobre italianos y alemanes, seguros de que es lo mismo que hacerlo contra los japoneses que profanan Nanking; hindúes melancólicos que trocaron las sucias márgenes del Ganges por las estrechas linfas del Jarama; negros nacidos en el sur yanqui, en Cuba, en Jamaica, en el Brasil... ¿Quién los envía? Nadie. Son verdaderos voluntarios, no como los que empaqueta en tristes fardos la fría ambición de Mussolini, para arrojarlos sobre una tierra que en realidad no odian, y en la que se les obliga a enfrentarse con seres que en nada les ofendieron. Estos otros vienen sabiendo qué causa es la que defienden, qué enemigo es el que tendrán que exterminar. No piden nada que no sea un puesto en el combate, una actividad definida y eficaz: aquí son útiles con abnegada sencillez, alimentando una ametralladora, vigilantes en un parapeto, sepultados meses enteros, al servicio de la ciencia, en un hospital. Cada cual dentro de sus posibilidades, cada cual ajustando su ayuda al marco de sus aptitudes. Langston Hughes, el gran poeta de «Mulatto», vivió largos días en Madrid y visitó los frentes para llevar a los hombres de su raza y de su tierra el sencillo verso popular que fluye de los blues y de los espirituales; Cueva, habanero nacido de negra y asturiano, manda una compañía de ametralladoras en el Ejército del Centro; Paul Robeson, el maravilloso cantante americano, hijo de esclavos, salta desde Londres y penetra con una sonrisa de esperanza en el suelo español, ¿Paul Robeson? ¿Y qué viene a hacer a España Paul Robeson? Esperad, esperad: él mismo va a decirnoslo en seguida.

—O—  
Cuando llego al hotel «Majestic», que es donde se hospeda, encuentro al famoso artista cinematográfico bloqueado por una nube de personas pendientes de sus gestos más insignificantes. Robeson los atiende a todos, sonriente. Posa repetidas veces para los fotógrafos, contesta las más diversas preguntas sin cansancio. Mientras la gente lo acosa, yo lo observo. Es un negro enorme, que sobresale pródicamente del grupo en que se halla. ¿Qué edad tiene este hombre? El pelo ensortijado empieza a clarearle un poco en el centro de la cabeza, y ya junto a las sienes blanquea con resolución. ¿Cuarenta años? ¿Cuarenta y cinco? Algo así debe de ser... Sin embargo, su formidable desarrollo físico, la expresión de alegría que baña siempre su rostro, el brillo profundo de sus ojos, rebajan por modo generoso la cuenta del cantante con la vida. Cuando habla lo hace calurosamente, las enormes manos crispadas y vueltas de palmas hacia él, lo que constituye un gesto invariable en su conversación. Viste sin lujo, antes podría decirse que con extrema sencillez: un terno gris oscuro no muy nuevo, una gorra cuyo largo uso es evidente, unos zapatos que han andado lo necesario para olvidar el día en que

pisaron tierra por primera vez... Pero todo de muy buen gusto, con mucho equilibrio y ponderación. De su maciza personalidad desprende un hábito de vasta simpatía, y su continente se mueve dentro de un elástico marco deportivo que hace pensar en sus lejanos tiempos de futbolista. Percibo trozos de su conversación, en la que una palabra, «España», se repite con frecuencia; y mientras él habla, veo a su mujer, espíritu de mucha finura y penetración, que ha publicado un libro sobre su marido, multiplicarse en el salón atendiendo a los visitantes con una sonrisa placentera. Es ella quien me dice al fin:

—Paul lo espera...

## UN ARTISTA AL SERVICIO DEL PUEBLO

El contacto se efectúa sin formalidades, periodísticamente.

—Me agradecería saber por usted mismo—le digo—qué causas lo han impulsado a venir a España.

—Mi adhesión a la democracia—contesta con rapidez—. Como artista, estoy seguro de que no es honrado situarse en un plano que esté por encima de la masa, sino marchar a su lado, participando en sus afanes y dolores, pues los artistas todo lo debemos a ella, desde nuestra formación hasta nuestro bienestar; y no sólo como artista amo la causa de la democracia en España, sino también como negro: yo pertenezco a una raza oprimida, discriminada, que no podría vivir si el fascismo triunfara en el mundo. Mi padre fué esclavo, y yo no quiero que mis hijos lo sean... Durante estos últimos meses he trabajado mucho en Londres, cantando para recoger fondos con destino al pueblo español, y lo seguiré haciendo no sólo allí, sino en todos los sitios en que tenga ocasión para ello.

—Sé que viene usted ahora de Madrid—vuelvo a decirle—. ¿Qué impresión le ha causado lo que ha visto en esa ciudad y en el resto de la España democrática?

—Una gran impresión. No he hallado pueblo más valeroso, más enérgicamente dispuesto a vencer. Le confieso que me siento feliz de haber podido realizar esta visita a España y sobre todo a Madrid. El pueblo allí entra en seguida en comunicación con uno, y pos gana muy pronto la simpatía, la sencillez, la generosidad de todo el mundo. El mismo día que llegué, ya me llamaban «Pablo»; dos días después, «Pablito». ¡Figúrese, Pablito yo, con la estatura que tengo! Además, allí no se piensa nunca en la derrota. A pesar de los destrozos hechos en la ciudad por los obuses de los fascistas, a pesar del peligro que el diario bombardeo supone, a pesar de las molestias que el pueblo sufre, nadie protesta ni se queja. Es la guerra. Cada cual contribuye con su esfuerzo para resistir y vencer. No; allá no hay miedo... Una de estas tardes últimas, en vísperas de mi regreso, jugué tranquilamente con un grupo de muchachos un partido de fútbol en un sitio demasiado próximo a una zona de la ciudad batida en ese momento por la artillería.

Robeson sonríe y guarda silencio un instante.

—Son además muy generosos los madrileños—continúa—. Re-

cién llegado yo, le regalé una cajetilla de cigarrillos a un capitán español, porque sé la escasez de tabaco que allí hay. Pocos momentos después fui con él a visitar un hospital, donde canté, y me hizo mucha gracia ver a aquel hombre distribuir sus cigarrillos entre sus compañeros, sin que dejara ninguno para sí. Y lo mismo hacen con todo lo demás...

—Esa observación es exacta—le digo yo.

Nunca he visto a un español reñir por cosas de más o menos en el orden económico, al revés de lo que ocurre en otros campos, donde da una nota en realidad exagerada. En muchas tiendas, cuando no hay cambio para la moneda que entregamos, nos la devuelven con la mercancía, mientras nos dicen: «No importa, ya me traerá usted el dinero otra vez, que por eso no vamos a ser más ricos ni más pobres...» Recuerdo que un día, yendo con Langston Hughes por las calles de Madrid, sintió el poeta que un zapato le flaqueaba, pues se le había desprendido la suela y no lo dejaba caminar. Entramos en un pequeño taller de zapatería, donde un anciano trabajaba inclinado sobre una bota de mujer. La abandonó, tan pronto Langston le expuso su deseo; observó concienzudamente el zapato y en menos de diez minutos lo cosió y claveteó hasta dejarlo en perfecto estado de uso. Cuando le preguntamos lo que valía aquello, el hombre nos respondió casi con enfado: «¿Valer dicen ustedes? Ca, no, señor: ¡mandar y nada más!». Sí, Mr. Robeson, tiene usted razón: son muy generosos...

## EL CINE, INSTRUMENTO DEL GRAN CAPITAL

La conversación viene a caer, desde luego, en el cine y el teatro.

—Hace algunos años—dice Robeson—el negro era un personaje cómico en el teatro norteamericano. Cuando «Emperor Jones», la obra de O'Neill, fué llevada a escena por otro actor negro, yo vi las posibilidades que un negro tenía en el arte dramático: por eso quise encarnar ese personaje, primero en las tablas, luego en el cine. Debo decirle que ello no constituía para mí sino un punto de partida, un medio para llegar a hacer cosas más hondas e importantes, pues era preciso en un país como aquél demostrar, primero, que el hombre de color tiene sensibilidad artística y puede pisar el escenario o posar ante una cámara cinematográfica con la misma desenvoltura que los blancos, y a veces con más. Así es como después represento «Otel» y me preparo a representar al «Rey Lear». Sin embargo, hoy estoy convencido de que las grandes compañías americanas e inglesas hallan controladas por el gran capital, especialmente por el trust del acero, y jamás me dejarán filmar una película como yo quisiera. Por eso no me interesaba actualmente trabajar para la pantalla, y menos en películas que aborden el problema negro. Los grandes productores insisten en ofrecer del negro una imagen caricaturesca, ridícula, que divierte a la burguesía blanca, y yo no estoy dispuesto a hacerles el juego...

—De manera—le digo yo—que

## En la Viena conquistada

# El terror y la propaganda son las armas de los nuevos amos

Viena, 24 marzo.—Inmediatamente después de las fiestas celebradas con motivo de la entrada de los alemanes, empezó la verdadera conquista de Viena.

Al principio, se procedió con cierto reparo. Los actos antisemitas se ejecutaron bajo el nombre de anticapitalistas. «Contra los judíos borrachos de sangre», era la consigna de la S. A. Pronto se demostró por las informaciones de prensa que los saqueos obedecían a un plan preconcebido. Los primeros ataques se dirigieron contra el distrito socialista. El establecimiento de los hermanos Fischmann, fué saqueado y detenidos los dueños. Ante el almacén Kumprík, se produjeron manifestaciones hostiles. Los «nazis» declararon con este motivo: «Nosotros hacemos lo que no se atrevieron a hacer los socialistas, porque eran criados de los judíos. Expropiamos a los explotadores y a los borrachos de sangre». Pasados unos días, cuando estos actos dieron lugar a protestas en el extranjero—ya que en algunas de esas empresas había capital de otros países, las tropas de la S. A. dijeron que los autores habían sido «las turbas comunistas».

Pero no fué sólo esto. En el interior de la ciudad las tropas de la S. A. obligaron a todos los transeúntes bien vestidos, particularmente a las señoras que llevaban abrigos de pieles, a limpiar las calles de carteles favorables a Schuschnigg.

Desde el 17 de marzo, el «N. S. Telegraf» viene publicando la lista de los patronos que con motivo de la unión de Austria al Reich conceden voluntariamente aumentos de sueldo a su personal. Trátase casi siempre de pequeñas casas de las cuales se sirve el nacionalsocialismo para hacer propaganda. La direc-

ción de la fábrica de alcohol y levadura seca para licores, «Wolfrum AG», de Stadlan, figura dos veces en la lista.

El impopular impuesto sobre las bicicletas ha sido suprimido. Esta campaña de propaganda ha sido especialmente cínica en lo tocante al reparto de alimentos, por medio de tren de asistencia de Baviera, en los suburbios obreros. Este tren de asistencia es una organización estable del Ministerio de Propaganda. Antes tenía la misión de socorrer a los que participaban en las manifestaciones populares.

El «Día del Partido», de Nuremberg, distribuyó ese tren salchichas. En el distrito obrero de Simmering, se han establecido mataderos al aire libre, en los cuales se efectúa el sacrificio de reses, cuya carne se distribuye entre los trabajadores. «Tocino de Göbbels» llama el pueblo a estos donativos. La prensa nazi dice que el «tren de asistencia» repartió en una tarde 30.000 raciones de carne: pequeños gastos de la conquista de un país...

A cambio de ellos, los nazis se apoderan de las riquezas del país. Las orgías de propaganda en esta región han empezado ya.

Todos estos medios demuestran la decisión de los nazis de amedrentar a la clase trabajadora por el terror y atraérsela por la propaganda. A los «argumentos» económicos, han añadido los ideológicos. «Id siempre contra los negros curas»; «Los socialistas os han traicionado y os entregaron al clero»; «Os vengaremos del 1934». Estos son los primeros rudos golpes asestados por Göbbels en Viena. Las 20.000 emisoras de radio distribuidas por la nación, constituyen el mejor medio de propaganda.

(«Pariser Tageszeitung», 25 de marzo de 1938.)

a usted no puede satisfacerle su producción cinematográfica hasta ahora...

—Ni siquiera he visto esas películas después de filmadas—me contesta.

—Entonces, ¿abandonará usted el cine?—le pregunto.

—No; eso, no. Lo que no haré es trabajar con las grandes compañías a cuyo frente se hallan individuos que si pudieran me harían esclavo, como a mi padre. Prefiero trabajar con pequeños productores independientes, en breves films con canciones, hasta que llegue el momento de hacer algo de más envergadura y de un sentido más positivo que hasta hoy. Quisiera filmar una película sobre la vida de un negro que fué comandante del batallón «Lincoln», en las Brigadas Internacionales, y que murió allí, pero esto sería rechazado por las grandes casas cinematográficas yanquis... Sin embargo, tengo la esperanza de cumplir mi deseo, llevando a la pantalla el ambiente heroico que en España he respirado y la gran participación que en esta lucha toman los hombres de mi raza.

Robeson me habla después con mucho entusiasmo de la música española.

—Me ha causado una gran sorpresa y una gran alegría la semejanza que existe entre la música negra y cierta música española. El canto flamenco es negro por su ritmo y por su melancólica profundidad. En Madrid, durante un concierto, pedí que

tocaran flamenco; lo hicieron así, muy amablemente, los artistas, y entonces yo pude cantar una canción negra sin que los músicos modificaran en lo más mínimo el ritmo con que habían acompañado el canto jondo. Por eso quiero volver a España cuando haya más calma, cuando hayamos ganado la guerra, para recoger y estudiar muchas canciones de esa índole.

—¿Conoce usted la música cubana?—le pregunto—. El aporte negro a ella es también de una riqueza incalculable, como ocurre en el resto de las Antillas y en el Brasil.

—Sí, la conozco y me gusta en extremo. Justamente pienso también ir a Cuba para estudiar su folk-lore musical, del que sé que tiene esas características que usted me anuncia. Creo que ello me servirá en grado sumo para mis próximas películas...

Robeson da muestras de inquietud, porque hay mucha gente esperándole todavía, y él tiene que partir en seguida, según me dice, hacia Londres, donde reside. De allí regresará a París a fin de cantar en un mitin de propaganda española, en La Mutualité. Comprendo que la entrevista ha terminado. El me tiende su diestra inmensa, mientras sonríe. Yo le digo:

—Pues será muy bueno que vaya usted pronto a Cuba. Allí también hay muchas cosas terribles que aprender...

(«Nuestra España». Barcelona 1938.)